

## ***Scorpius / Escorpión***

**Christa Reinig**

**Traducción de Óscar Figueroa Castro**

Era amable, cordial. Tenía los ojos muy cerca el uno del otro, lo que significa astucia. Las cejas se le juntaban por encima de la base de la nariz, lo que quiere decir un mal carácter. La nariz era larga y puntiaguda: curiosidad insaciable; los lóbulos de las orejas pegadas a la mejilla: tendencias criminales.

“¿Por qué siempre andas solo?”, le preguntaron. Se miró en el espejo y notó una expresión atroz alrededor de la boca. “No soy bueno”, se dijo. Pasaba el día entero ensimismado en sus libros. Cuando acabó de leerlos todos, no le quedó más remedio que salir a comprar uno nuevo y enfrentarse a la gente. “Con suerte no me pasará nada”, pensó, y luego se perdió entre la multitud. Una mujer se le acercó y le preguntó si le podía cambiar un billete. Como El Escorpión no veía bien, titubeó varias veces, intercambiando dinero con la mujer. Recordó lo cerca que están sus ojos el uno del otro y evitó aprovechar la situación para engañar a la mujer. En el subterráneo, un extranjero lo pisó y luego lo insultó en una lengua que él no pudo comprender. El Escorpión recordó sus cejas y tomó

la ofensa como una disculpa. Al bajarse vio en el suelo una cartera tirada. Recordó su nariz: ni se agachó ni miró a su alrededor. En la librería encontró un libro que le gustó mucho, pero era muy caro. Muy bien se lo hubiera podido guardar en la bolsa del abrigo, pero en eso recordó los lóbulos de sus orejas: puso de nuevo el libro en el estante. Tomó otro. Cuando estaba por pagarlo, un cliente asiduo a esa librería exclamó: “¡Justo ése es el libro que he estado buscando por años. Apenas puedo creer que alguien más lo esté comprando en mis propias narices!” El Escorpión recordó la expresión atroz alrededor de su boca y dijo: “Tome el libro, no hay problema”. El hombre casi grita de la emoción. Abrazando el libro con ambas manos contra su pecho, se alejó. “Es un cliente especial”, dijo el encargado, “pero para usted también hay algo por aquí”, y entonces sacó de un estante el libro que al Escorpión tanto le había gustado. Sin embargo, lo rechazó: “Oh, no, no me alcanza”. “Claro que le alcanza”, le dijo el encargado. “Su gesto merece ser compensado con el mío. Déme lo que quiera por él.” El Escorpión casi grita de la alegría. Abrazó el libro contra su pecho con ambas manos y, luego, como no tenía más alternativa, le extendió su aguijón al encargado para despedirse. Éste le dio un apretón y cayó muerto.